



## Pascual Pla y Beltrán, escritor de cuentos

*Pascual Pla y Beltrán, story writer*

FERNANDO VALLS

*Universidad Autónoma de Barcelona*

**Resumen.** Se trata de un estudio de los 16 cuentos que conocemos de Pla y Beltrán, incluidos en tres libros y –digamos– dos narraciones sueltas, publicados todos ellos entre 1938 y 1960, y escritos a lo largo de toda su vida, que transcurrió a caballo entre España y Venezuela, adonde llegó en 1955 y donde fallecería. Asimismo, he intentado contextualizarlos dentro del marco del cuento español de los años en que compuso su obra literaria, tanto en relación con las que se publicaron en España como con las de los exiliados pero, sobre todo, me ha parecido necesario constatar cómo era la literatura venezolana de ese tiempo en el que otros republicanos exiliados españoles coincidieron con Pla y Beltrán en Caracas.

**Abstract.** It is a study of the 16 stories that we know about Pla y Beltrán, included in three books and –let's say– two loose narratives, all of them published between 1938 and 1960, and written throughout his life, that passed between Spain and Venezuela, where he arrived in 1955 and where he would die. Likewise, I have tried to contextualize them within the framework of the Spanish story of the years in which he composed

his literary work, both in relation to those published in Spain and those of the exiles, but, above all, it has seemed necessary to verify what the Venezuelan literature of that time in which other exiled Spanish republicans coincided with Pla and Beltrán in Caracas.

Pla y Beltrán (Ibi, Alicante, 1908 – Caracas, 1961) fue un escritor autodidacta, de familia obrera, hijo de un jornalero y de una lavandera quienes tuvieron tres hijos más, antes de separarse. Su vida estuvo condicionada por el origen familiar y la deformación física, era jorobado<sup>1</sup>, por el fallecimiento de su primera mujer, Maruja Santacreu, debido a una tuberculosis (de un segundo matrimonio, en 1953, con Concha Zomeño, nació en 1954 una hija, Yolanda), por los numerosos trabajos que tuvo que desempeñar (pastor de ovejas y cabras, hortelano, aprendiz de molinero, ayudante en un taller de reparación de motos y bicicletas o hilador mecánico), pero también estuvo determinada por su compromiso con la izquierda, creció en los medios anarquistas pero militó con los comunistas (cuando no era habitual entre los escritores, por lo que Joaquín Arderius se refirió a él como el primer escritor español comunista), así como por la

Palabras clave: Cuento, exilio, España, Guerra Civil y Venezuela.  
Key words: Story, exile, Spain, the civil war and Venezuela.

<sup>1</sup> Tiene interés, al respecto, el libro de Gian Antonio Stella, *Distintos. La larga lucha de los discapacitados para cambiar la historia*, Libros de Vanguardia, Barcelona, 2022, donde se ocupa, entre otros, de los casos de Leopardi, Toulouse-Lautrec y Gramsci, y la entrevista que Anna Buj le hace al autor, “Los discapacitados que cambiaron la historia”, *La Vanguardia. Cultura/s*, 25 de junio del 2022, pp. 1-3. Gonzalo Torrente Ballester, en el prólogo a su *Obra completa* (Destino, Barcelona, 1977, vol. I, p. 34), se muestra poco piadoso al describirlo como “deforme, una especie de garabato, Quasimodo del Turia”. La cita procede de Pla y Beltrán (1985: 21 y 66, n. 40).

Guerra Civil (durante la cual permaneció en Madrid, acogido en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y en Valencia, en la que unos falangistas simulaban fusilarlo; lo cuenta Aznar Soler, en Pla y Beltrán, 2009: 57)<sup>2</sup>, o por la no menos trágica Victoria y el tardío exilio, en Santo Domingo camino de Venezuela, donde se instaló en 1955, con la ayuda de su amigo el pintor Juan Alcalde, aunque no le resultó nada fácil llegar porque una norma impedía que los extranjeros con defectos físicos residieran en el país. No obstante, una vez allí consiguió en 1959 trabajo en la Biblioteca Nacional como redactor-jefe de su *Boletín*, donde cultivó la crítica literaria.

En Caracas trató, estando ellos de paso, a Neruda (se conserva una foto de la comida en casa de nuestro escritor, en la que el poeta chileno muestra cara de fastidio)<sup>3</sup> (-Gracia, 1984: 25), Alberti y María Teresa León, entre otros exiliados y amigos de la España republicana. No fue, por tanto, un clásico exiliado republicano, pero sí un *exiliado interior* (así lo califica Aznar Soler, 1985: 51, 52 y 60, aunque con posteriori-

dad haya cuestionado lo apropiado de este concepto), que acabó abandonando el país y obteniendo la nacionalidad venezolana, cuando entendió que no parecía haber puerta alguna que pudiera abrirse en su país de origen. Y allí falleció en 1961, con 52 años, de un infarto. A su sepelio acudieron, entre otros, el pintor y grabador Juan Alcalde (1918-2020)<sup>4</sup>, el escritor Antonio Aparicio (1916-2000)<sup>5</sup>, el filósofo J.D. García Bacca (1901-1992) y el poeta venezolano José Ramón Medina (1919-2010), entre otros. En 1982 el Ayuntamiento de Valencia declaró hijo adoptivo a nuestro escritor.

Como escritor, su obra más conocida es la lírica, su primer libro data de 1929, *La cruz de los crisantemos*, aunque pronto se decantó por la poesía revolucionaria en *Narja* (1932) (*narja* en ruso significa *mierda*, pues se trataba –según uno de sus versos– de “aplantar la mierda de toda [la] burguesía”), libro que, según Aznar Soler (1985: 9; y 2016: 61), fue el primero en su género en España. Su trayectoria, en algunos aspectos, resulta similar a la de Miguel Hernández, a quien le dedicó varios

<sup>2</sup> No se trata de un caso insólito, ni mucho menos, ni típicamente español. Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis fingieron fusilar al padre de Italo Calvino hasta en tres ocasiones.

<sup>3</sup> El poeta y crítico literario Guillermo Sucre criticó la visita de Neruda a Caracas en 1958 en el número 3-4 de la revista *Sardio*, cuestionando su egocentrismo vital y poético (Carillo, 2007: 77).

<sup>4</sup> Juan Alcalde nació en Madrid. Al acabar la guerra y llegar a Francia lo encerraron en los campos de concentración de Barcarés y Saint Cyprien. En 1944 regresa a España, pero emigra a Caracas en 1950. Allí permaneció hasta 1961 en que se instala en París, formando parte de la llamada Escuela Española de París, junto a Baltasar Lobo, Joaquín Peinado o Hernando Viñes, y trabando una gran amistad con el mimo Marcel Marceau. En 1983 regresa definitivamente a Madrid.

<sup>5</sup> Con motivo de la muerte de Pla y Beltrán, le dedicó en *El Nacional*, en marzo de 1961 (no he podido concretar más la fecha), el artículo “Escribir para unos ojos” (Gracia, 1984: 74-76). Y en el *Boletín de Información de la Unión de Intelectuales Españoles* se dio noticia de su fallecimiento en un texto sin firmar. *Vid.* la ed. de Manuel Aznar Soler de esta revista (núm. 14, abril y mayo de 1961, p. 19).



artículos (Pla y Beltrán, 2009: 456, nota 7 de Aznar Soler). Si leemos también los que escribió sobre Gauguin<sup>6</sup> y Antonio Machado<sup>7</sup>, podemos deducir que con los tres estableció algún tipo de identificación. Los estudiosos de su poesía han llamado también la atención sobre la influencia de Rubén Darío, Antonio Machado, Lorca y Alberti (Aznar Soler, 1985: 15, 42, 61 y 199; y Aznar Soler, 1993). Escribió asimismo teatro<sup>8</sup>, cultivó la crítica literaria (se ocupó, por ejemplo, de la obra de León Felipe y Gabriel Celaya, de *La catira*, de Cela, con la que se mostró muy crítico) y realizó unas cuantas entrevistas (destacando la que le hizo en Burjasot, en la Valencia de la guerra, a Antonio Machado, o al poeta Alejandro Gaos), pero además colaboró en diversas publicaciones de izquierdas durante los años 30, entre ellas *Murta* (1931-1932), *Octubre* (1933-1934), *Nueva Cultura* (1935-1937), *El mono azul* (1936-1939) y *Hora de España* (1937-1939) y, tras la guerra, en revistas tan representativas como la

mexicana *Cuadernos Americanos*<sup>9</sup>, la *Revista Nacional de Cultura*, de Caracas<sup>10</sup>, y la puertorriqueña *Asomante* (1945-1985), que dirigía Nilita Vientós.

Presidió el PCE de Valencia y en 1933 fue uno de los fundadores de la Unión de Escritores y Artistas Proletarios de esa ciudad (UEAP), cuyo líder era el artista Josep Renau. Allí conoció a Juan Gil-Albert, cuya amistad cultivó (Gracia, 1984: 23, 31 y 42). No en vano, se mostró admirador de la revolución rusa, cumpliendo su sueño de viajar a Moscú en 1937, junto con Miguel Hernández, Cipriano Rivas Cherif y el pintor y escenógrafo Miguel Prieto, entre otros. De Moscú, antes de regresar a España, viaja a Helsinki (allí Cristu Belev [o Kristu Beleff, como también lo hemos visto escrito] le presenta al escritor islandés H.K. Laxness (a quien se refiere en “Entre la realidad y el sueño”, p. 241), autor de novelas como *Paraíso reclamado* (1960) o *Bajo el glaciar* (1968), por solo citar las que mejor se conocieron en España, Premio No-

---

<sup>6</sup> En el cuento “De cómo Van Zhelas llegó a la desintegración del átomo”, del que me ocupo más adelante, se cuenta que, en la casa del citado, un científico loco había colgado un paisaje impresionista de Gauguin, seguramente de su primera época (p. 204).

<sup>7</sup> En la completa Bibliografía de Antonio Machado que recoge Oreste Macrí de su ed. de la *Poesía y prosa. Tomo I: Introducción* (Espasa Calpe, Madrid, 1989, p. 376) reúne tres artículos de Pla y Beltrán sobre el poeta sevillano, que señalo en la Bibliografía.

<sup>8</sup> Su “tragedia campesina” *Seisdedos*, publicada y estrenada en 1934, trata de la revuelta de Casas Viejas, ocurrida en enero de 1933. Antes le había dedicado un romance, recogido en su libro *Epopeyas de sangre* (1933).

<sup>9</sup> Ana González Neira (2018: 181) recuerda que hasta 1949, año en que Larrea abandona esta publicación para marcharse a los Estados Unidos, entre los colaboradores españoles solo Pla y Beltrán y Alberto Jiménez Fraud escriben desde Europa, y solo el primero reside en España. Accedió a la revista de Jesús Silva Herzog a través de Max Aub, como se constata en la correspondencia que mantuvieron, pues, además del prestigio de la publicación, le interesaba lo bien que pagaban (1.000 pesetas por artículo), dadas las penurias económicas en las que siempre anduvo nuestro autor (Pla y Beltrán, 2009: 452, 455 y 468).

<sup>10</sup> Vid. el prólogo de Aznar Soler (Pla y Beltrán, 2009: 71).

bel en 1955), y luego viaja en compañía de ambos a Armenia y Azerbaiyán para, tras volver a Finlandia, visitar Estocolmo, Copenhague y París. Sea como fuere, hoy sus ideas políticas resultan tan esquemáticas como simplistas, aunque en su momento tuvieran otro sentido. Hubiera sido interesante conocer su opinión sobre el pacto germanosoviético firmado en 1939. En Valencia, al salir de la cárcel en 1946, se ganó la vida, modestamente, vendiendo cuadros. Asistía, además, a la tertulia ‘La bicicleta voladora’ que se reunía en el café Gorila, situado en la calle Ruzafa, de la que formaban parte también Gil de Ramales (¿tenía algún parentesco con la escritora Isabel Gil de Ramales, casada con Arturo del Hoyo?), exiliado en Chile, Miguel Enguíanos, Mariano Campos y el dibujante Ricardo Zamorano, entre otros.

Es necesario tener en cuenta, asimismo, si queremos conocer mejor su vida y entender su obra, la correspondencia que mantuvo con Max Aub, entre 1948 y 1960 (Aznar Soler, 2009: 431-509), y con Rafael Mengual Soriano (Gracia, 1984). Pla y Beltrán ha cosechado fortuna como personaje literario, pues aparece en las novelas de Max Aub, *Campo abierto* (1951), donde se le alude, sin llegar a nombrarlo (“un poeta jorobado, de grandes ojos dulces, muy aficionado a las novelas policí-

cas”), y *Campo de los almendros* (1968), conversando aquí con Ángel Gaos y los inventados Ferris y Vicente Dalmases; y en los *Cuentos de Alicante y Albaterra* (1985), de Jorge Campos, con quien compartió internamiento al final de la guerra. En 1939 estaba en el puerto de Alicante y luego en el campo de Albaterra, para ser trasladado a prisión, donde permaneció hasta 1946.

Para Pla y Beltrán la literatura fue un arma al servicio de la causa del proletariado. Así, en 1935, apuesta por el denominado *romanticismo revolucionario* vinculado al *realismo socialista*, en la encuesta que llevó a cabo la revista *Isla*, donde defiende el neo-romanticismo proletario como verdadero romanticismo revolucionario<sup>11</sup>, que debemos relacionar con el realismo socialista asumido en 1934 por el Primer Congreso de Escritores Soviéticos (Aznar Soler, 1985: 37). Para poder publicar sus libros en España, intentando evitar la censura, utilizó el seudónimo de Pablo Herrera en su libro *Poesía* (1947)<sup>12</sup>, con el que firmó también un libro de narraciones de esa misma fecha.

Publicó tres libros de cuentos: *Cuando mi tío me enseñaba a volar* (1948)<sup>13</sup>, el más importante, *Habrà en algún lugar más claridad* (1959), con el que obtuvo el premio de la Asociación Venezolana de Escritores, en cuyo jurado estaban Miguel Otero

<sup>11</sup> Vid. la encuesta “La nueva literatura ante el centenario del Romanticismo”, *Isla* (Cádiz), núms. 7 y 8, 1935.

<sup>12</sup> Sobre *Poesía* debe verse la contextualización y el análisis de Aznar Soler (1985: 52-60), destacándolo como su mejor libro, del que destaca poemas como “Ciudad sin nadie”, “Noche del alma”, “La muerte de la amada”.

<sup>13</sup> Llevaba ilustraciones de Genaro Lahuerta, Ricardo Zamorano y otros.



Silva, Alfredo Armas Alfonzo<sup>14</sup> y Ramón Díez Sánchez, y *Caballo* (1960), a los que podrían añadirse dos cuentos más: el primero publicado durante la guerra, como un folleto, *Uno de blindados. Confesiones de un combatiente* (1938)<sup>15</sup>, y el segundo, “Entierra a tu muerto”, que nunca fue recogido en sus libros. Se trata, en total, de un conjunto de 16 cuentos, pues tres de ellos se repiten en dos de sus obras, como ocurre con “Cuando mi tío me enseñaba a volar” y “La bicicleta voladora”, titulado “Mihai” en su segunda salida en libro, y con “El pelirrojo”, luego denominado “La pena y la nada”.

Pla y Beltrán (2009: 504), en una entrevista que le hizo el periodista venezolano J.R.C. en *El Nacional* (Caracas), en 1958, distinguía entre *cuento*, género en el que predomina la imaginación, “puede quizás ser una creación mucho más personal y subjetiva”; y *relato*, fundamentado en la realidad objetiva, en hechos comprobados y –digamos– objetivables. Esta curiosa dis-

tinción es exactamente la contraria de la que suelen manejar críticos y escritores, entre ellos, Julio Cortázar. Recuérdese que el autor argentino titula *Relatos (I, II, III y IV)*, la recopilación de su narrativa breve que apareció en *El libro de bolsillo* de Alianza editorial, entre 1976 y 1985, y que la breve antología que publicó en Salvat, en la célebre colección RTV, se titula *La isla a mediodía y otros relatos* (1971)<sup>16</sup>. Sea como fuere, la narración titulada “Entre la realidad y el sueño”, aclara el protagonista que no es un “cuento de intriga”, sino “simplemente un suceso”, en el que “cuento la verdad”, nos dice, para luego tacharlo de *relato* (pp. 239 y 240).

Ni en los estudios (incluido el mío del 2019), ni tampoco en las antologías dedicadas al cuento español de la postguerra, aparece referencia alguna a las narraciones de Pla y Beltrán<sup>17</sup>. Cuando en 1948 publica su primer libro, que debió de pasar inadvertido, el cuento en España no había dado mucho de sí<sup>18</sup>; en cambio, entre los exiliados

<sup>14</sup> Alfredo Armas Alfonzo (1921-1990) es conocido en España, sobre todo –entre los interesados por el microrrelato– por su libro *El osario de Dios* (1969), con el que ganó el Premio Nacional de Literatura. En 1981, la editorial Pomaire, de Barcelona, publicó su novela *Con el corazón en la boca*; el 2005, la editorial Thule, de Barcelona, reeditó su novela *Este resto de llanto que me queda*, que había aparecido en 1987. Cultivó el periodismo y la prosa narrativa en sus distintas modalidades. Como autor de cuentos y microrrelatos está recogido en numerosas antologías.

<sup>15</sup> Aparece citado, aunque de forma incompleta, en la *Bibliografía de la novela de la Guerra Civil Española. 1936-1986* (Librería Arenas y Cervantes, La Coruña, 1986, p. 61), de Carlos Fernández Santander.

<sup>16</sup> Sobre las distintas denominaciones que le dan los escritores del exilio a la narrativa breve, puede verse Valls (2019: 543).

<sup>17</sup> No está recogido, por ejemplo, en la primera ed. de la antología de Francisco García Pavón, 1959.

<sup>18</sup> Vid. el impreciso y algo confuso panorama de Medardo Fraile, ed., *Cuento español de postguerra*, Cátedra, Madrid, 1994<sup>2</sup> (esta segunda ed. mejora algo la primera de 1986), pp. 17-23, sobre la situación del cuento español a mediados de los 50, en el interior, pues prescinde, sin más explicaciones, de los exiliados. Entre los libros de esos años, destacaría *Esas nubes que pasan* (1945), de Cela; *Vidas humildes, cuentos humildes* (1948), de Vicente Soto; *Cuentos de mamá* (1952), de Francisco García Pavón; *El bosque* (1952), de Carlos Edmundo de Ory; y *La partida* (1954), de Miguel Delibes.

republicanos encontramos, alrededor de esa fecha, libros notables<sup>19</sup>. Su obra narrativa breve se anticipa a la de la generación del medio siglo, siguiendo la estela de un tremendismo con ribetes existencialistas. Se trata, en suma, de un *francotirador*, ajeno a las empresas de la izquierda literaria establecida (Alfonso Sastre, Armando López Salinas o los miembros de la llamada Escuela de Barcelona), y por supuesto al margen de las componendas de la derecha que se beneficiaba de los privilegios que les concedía el régimen, por modestos que fueran.

El cuento “Uno de blindados. Confesiones de un combatiente”, escrito en Valencia y firmado en mayo de 1938, en el Frente de Levante, forma parte de un conjunto de testimonios sobre la guerra, escritos desde la óptica del bando republicano. Así, pues, se presenta como la confesión que recoge un narrador, de quien nada se nos dice, pues actúa como mero interlocutor y transcriptor, de la experiencia en la guerra de un joven de 18 años, conductor de tanques (el “blindado” del título) en el ejército republicano, quien se muestra consciente de que la tragedia individual que padece no resulta comparable con la colectiva. Al principio y al final de la narración se nos proporciona un retrato físico del personaje: “las aletas de la nariz exageradamente dilatadas; los

cabellos rizados, los ojos grises, profundos, demoníacos; la boca rasgada, de labios gruesos, enormes...”; en suma, “maravillosamente monstruoso” (pp. 153 y 161). La intensidad con que el joven vive el combate (“en la guerra todo es sorprendente, exagerado, descomunal, imprevisto”, p. 154) lo lleva a confesar que lo más grave de la contienda no resulta ser la muerte, sino las bajas pasiones que afloran en el ser humano (“la vanidad, el odio, la traición, las humillaciones, los castigos absurdos, las delaciones, el bajo crimen, el estupro y, sobre todas las cosas, la pérdida absoluta de la fe”, p. 155), de lo que su actuación –como se verá– se revela un claro ejemplo.

El caso es que tras ser delatado y detenido por los nacionales, éstos consideran que –dada su juventud– habría sido manipulado por el enemigo. Así las cosas, y a pesar de que él sea consciente en todo momento del alcance de su actuación, de su libertad de decisión, opta por callarse (“me porté como un verdadero cobarde”, reconoce, p. 156). Y entonces relata su experiencia en el otro bando, los horrores de la guerra (“Los falangistas y requetés torturaban con saña; la guardia civil y los legionarios no se daban reposo en los fusilamientos”, p. 157), terror del que él mismo participa. No en vano, por indicación de un capitán,

---

<sup>19</sup> Por ejemplo, *Tres narraciones* (1948), de Luis Cernuda; *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*, ambos de 1949, de Francisco Ayala; *De quince llevo una* (1949), de Paulino Masip; *La bomba increíble* (1950) y *El desnudo impecable y otras narraciones* (1951), de Pedro Salinas; *Las peregrinaciones de Teresa* (1950), de María Teresa León; *El cura de Almuñiced* (1950), que incluye cuatro cuentos, junto a la novela corta que le da título al volumen; *Sobre el piélago* (1952), de Rosa Chacel; y *Se abre una puerta...* (1953), de Álvaro Fernández Suárez; y *Algunas prosas* (1954), *Cuentos ciertos* (1955), *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (1960), de Max Aub.



atraviesa el cuerpo de un niño con una bayoneta.

A su vez, este joven soldado (“No conozco nada fuera de la guerra”, “La guerra me abarcaba por completo, me dominaba”, afirma, pp. 154 y 155), a quien sus captores le han ofrecido que forme parte de la Legión, se incorpora al Tercio. Allí se encuentra con un hombre que le relata el caso de un amigo falangista, un intelectual en este caso (“¿Sabéis vosotros lo que es ser un intelectual? Un ser que piensa y siente, que ama la libertad por encima de todas las cosas. Por eso me iba al otro lado, que es tal vez la única parte de la tierra donde arraigue la semilla del Hombre...”, p. 158), que intentó pasarse al ejército republicano, siendo capturado y fusilado por un pelotón del que formó parte nuestro protagonista, si bien este no logró disparar su fusil hasta que ya había sido abatido (pp. 157 y 158). Tras ello decide también regresar al bando republicano y, cuando lo logra, siente que “volvía a pisar tierra de España” (p. 160).

Al final del relato, cuenta la relación que mantuvo con un amigo que se creía inmortal (“Nuestro pueblo, créeme, es invencible [...], soy inmortal”, p. 161), a quien sin embargo matan pronto de un balazo en la guerra, y recuerda las diferentes actitudes que ambos mostraron durante la contienda. Y, sin embargo, sus ideas lo llevan a pensar que el amigo tenía razón: “que él, el Hombre, era eterno; que el Hombre es la única verdad que permanece intangible a través de tanta muerte y tanta locura” (p.

161). A este respecto, debemos fijarnos en que, en este cuento, Pla y Beltrán a menudo se refiere al Hombre con mayúscula, en clara alusión al ser humano.

La narración, dividida en tres partes, según hemos observado, se presenta como la confesión delirante de un soldado que, pudiendo haber abrazado a Cristo y morir con él, nos dice, prefirió abrazarse a un cañón y dedicarse a matar con furia (p. 155), quien vive la guerra en los dos bandos en lucha, acomodándose a lo que le conviene más, callando cuando le interesa, renunciando a la verdad, aunque en el momento en que nos proporciona su testimonio se muestre consciente de los errores que ha cometido (“No sé –confiesa– cómo pude llegar tan bajo”, o reconoce “la indignidad de mi vida”, pp. 158 y 159). Puede observarse, además, que al relato de algunos hechos bélicos significativos, se suma la reflexión sobre la guerra, sobre el papel que el hombre desempeña en ella, e incluso sobre la conducta, no siempre edificante, del protagonista; aunque en conjunto, se trata de una narración en la que exalta la nobleza del bando republicano, frente a la inusitada violencia de sus oponentes en la lucha, para concluir que “si de toda esta locura amanece otro mundo, entonces podremos darnos por satisfechos” (p. 161).

Su primer libro de cuentos, *Cuando mi tío me enseñaba a volar* (1948), se publica dos años después de quedar en libertad, y apenas unos meses más tarde de *Poesía* (1947). En la correspondencia con Max Aub se re-

fiere a ambos libros, quizá sean los suyos mejores, en uno y otro género, confesándole que se han vendido por suscripción entre los amigos, por lo que no dispone de ejemplares, y que ni siquiera se lo ha podido mandar a la crítica, de ahí quizá su nula recepción. Estaba dedicado a A. Galvañ (*sic*), de quien no tengo noticia alguna. El volumen se inicia con el cuento que le proporciona título al conjunto. El protagonista nos cuenta cómo su tío Plácido intentó, sin éxito, prepararlo para la vida (“tú vas a ser lo que yo no he sido, lo que pude ser y no he sido”, p. 168), convertirlo en un atleta, que se endurciera y dejara de soñar para poder ser un hombre de acción y un ser insensible. Pues opina que “los duros de corazón, los egoístas, éstos son los dichosos. Mientras que los inteligentes vegetan” (p. 169). Para alcanzar dicha meta, intenta enseñarlo a volar, aunque tras varios meses de pruebas solo consigue darse un batacazo tras otro. Después de fracasar en los intentos, su tío concluye que sería un desgraciado. Este tipo de personajes visionarios, como Plácido, que aspiran a alcanzar metas irrealizables, y contraproducentes, valiéndose de argumentos falaces, volveremos a encontrarlos en otros cuentos de este mismo libro.

“Fue algo como un ala, como una hoz radiante y fría...”, título poco afortunado, digamos que demasiado lírico, es un cuento breve, en buena parte autobiográfico, en el que un hombre (¿el autor?), “en desesperado diálogo con su conciencia” (p. 171), se lamenta de la enfermedad mortal que padece su mujer (ya he contado que la primera mujer de Pla y Beltrán, Maruja Santacreu, falleció en 1948, de tuberculosis), culpándose por no haber sabido protegerla (pero, ¿defenderla de qué, y cómo?, se preguntará el lector). El caso es que el escritor tiene mala conciencia por haber *volado* excesivamente, ya que lo que más le interesa es la poesía (“mis himnos”, la llama, p. 172), cuando “el mundo pertenece a los audaces” (p. 173). O como explica, con algo más de detalle:

“Me he acercado demasiado a la altura, a la certidumbre de Dios (...) y su belleza me ha cegado. Para afirmar mi mensaje de poeta, he renunciado a mi destino de hombre, a mi felicidad (...) Vivir es conjugar la tierra con el cielo, la carne con el espíritu. Vivir es convivir” (p. 173).

Se trata de un cuento existencialista<sup>20</sup>, que se ocupa de lo espiritual y de lo terre-

<sup>20</sup> Las primeras novelas existencialistas, las más influyentes, debieron ser las de J.P. Sartre, *La náusea* (1938) y Albert Camus, *El extranjero* (1942) y *La peste* (1947). Y en España la novela *Las últimas horas* (1949), de José Suárez Carreño, que obtuvo el Premio Nadal. Dadas las fechas, el posible existencialismo de Pla y Beltrán debió deberse a sus propias vivencias, poco gratas, como sabemos, quizá más que a sus lecturas. Se trata, por tanto, de un existencialismo vivido e intuitivo. El caso es que ni Julián Palley (“Existentialist Trends in The Modern Spanish Novel”, *Hispania*, XLIV, 1, 1961, pp. 21-26) ni Manuel Lamana (*Existencialismo y literatura*, 1967) ni Guillermo de Torre (*Ultraísmo, existencialismo y objetivismo en la literatura*, 1968); ni Gemma Roberts (*Temas existenciales en la novela española de postguerra*, 1973), ni tampoco Óscar Barrero Pérez (*La novela existencial española de posguerra*, 1987), se ocupan de sus narraciones, quizá porque casi todos estos estudiosos se centran únicamente en la novela.



nal, de la identidad (“¿Quién soy yo? ¿Para qué sirvo yo?”), se pregunta, p. 173)<sup>21</sup>, de la enfermedad y del dolor, y del sentido que estas experiencias y sensaciones tienen en nuestras vidas. El cuento concluye con unas súplicas a Dios, a la vez que lo acusa de asesino, en el tono blasfemo que había utilizado en algunos poemas de *Narja*.

“El Pelirrojo”<sup>22</sup>, compañero del narrador y coprotagonista del cuento, también tiene su origen en un personaje real, un amigo de infancia del autor que murió con 11 años. Se trata de una narración itinerante que se sustenta en el diálogo que mantienen ambos sobre el dolor, el sufrimiento, el odio y la muerte, en un tono tremendista, existencialista, en el que uno de los personajes se pregunta para qué nos sirve el sufrimiento. Aparece respunteado por cinco escenas o acontecimientos que propician las reflexiones de los protagonistas. Empieza con un *memento mori* o meditación del narrador sobre la muerte, tras haber visto un cadáver. En segundo lugar, el Pelirrojo le muestra la violencia que emplea un carretero, que se ha roto la mano derecha, con su mula, a la que acaba apaleando y matando. Tras esta escena ambos se avergüenzan de su condición de hombres, pues se dan cuenta de la crueldad que se emplea con los seres que se consideran inútiles, que es como ellos mismos se sienten. Pues,

como reflexiona el Pelirrojo, aunque Dios quizás exista, se halla muy lejos (p. 179), y si el narrador mantiene todavía la inocencia, a él se la robaron, convirtiéndose en un resabiado, en “un can rabioso” (pp. 182 y 186). A pesar de ello, el Pelirrojo le suplica a Dios: “Señor: arráncame la ira del corazón y de los ojos, concédeme la gracia de una vida sencilla”, pero no consigue que Dios lo escuche, ni tampoco cambia su carácter (p. 191).

Su paseo los lleva a detenerse en la tienda del tío Rosendo, cuyo papagayo se mofa de la gente, mientras que a ellos les dedica palabras soeces. Después entran en una iglesia, tras encontrarse en la puerta con dos mendigos repugnantes, en la que un joven sacerdote acusa a los feligreses de ser “viles alimañas” y les anuncia que “el fin del mundo estaba ya cerca”, en un sermón de tono apocalíptico (p. 185). Prosiguen su camino y se tumban en un campo de nogales, desde donde observan a unas muchachas que están bailando, mostrándose como la representación de la Alegría, en contraste con la amargura que rezuma el Pelirrojo. Al final, en una escena goyesca, quizás un remedo de la lucha a garrotazos del pintor aragonés, ambos acaban heridos tras una pelea a pedradas, iniciada por el Pelirrojo (a quien el narrador ha descrito como harapiento y sucio, p. 176), que quiere ver su-

<sup>21</sup> En el poema “¿Quién soy?” responde a esas preguntas: “Soy un hombre extravagante/ de muy risible figura/ y soy el mejor amante/ de la señora Locura” (Gracia, 1984: 26).

<sup>22</sup> Este mismo cuento, con el título de “La pena y la nada”, apareció en *Cuadernos americanos*, núm. 1, enero-febrero de 1961, pp. 271-282. En Aznar Soler (2009: 175-193 y 415-429) se recogen ambas versiones.

frir a su amigo, a pesar de que este lo consideraba un hermano, su único amigo, y a quien quería porque lo veía feo y adivinaba que era desgraciado. Así, la fraternidad los lleva al odio: “ahora sé que de veras te odio”, le espeta el Pelirrojo (p. 192).

Se trata, en suma, de la historia de una amistad que acaba de manera violenta, para no restablecerse jamás. En el desenlace, el narrador nos comunica la muerte del Pelirrojo a causa de la difteria, a quien solo volvió a ver en otro par de ocasiones. Este cuento, que tiene ribetes neorrealistas, tal y como lo cultivarían después Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Ana María Matute o Daniel Sueiro, entre otros, me parece que se entiende mejor si lo situamos en la estela del tremendismo que cultivó Cela, sin que falte en sus páginas buenas dosis de senequismo (“Nosotros no tenemos mañana, estamos emparedados entre dos muertes”, p. 189).

En “La muerte de Smythe” se cuenta cómo un pescador inglés que deseaba vivir en el Sur de España, en Málaga, por influencia de un amigo valenciano, el marinero Roque, se compra una barraca en la Albufera, donde acabaría ahogándose de forma estúpida, según se narra en el desenlace.

“De cómo Van Zhelas llegó a la desintegración del átomo” es la historia de otro loco visionario; en este caso se trata de un científico. El narrador nos cuenta sus encuentros con él en París, donde era profesor de Física, pues este atrabiliario perso-

naje tras conseguir desintegrar el átomo, desea acabar con la humanidad. El caso es que, a pesar de todo, el narrador se siente atraído por él (por “lo demoníaco de sus ideas, de lo fantásticos y monstruosos que resultaban sus objetivos”, p. 206), a la vez que le espantan sus pensamientos:

“el hombre –afirma Van Zhelas– pudre (*sic*) sobre la tierra; el hombre está manchado por su primer pecado, por el pecado del Paraíso. Acabemos, pues, con el hombre” (p. 204).

El cuento concluye con la noticia de que una gran explosión ha acabado con el edificio en que se encontraban los laboratorios de Van Zhelas, muriendo él y sus seis ayudantes. Recuérdese que tras la Segunda Guerra Mundial, diversos escritores, entre ellos Pedro Salinas, Álvaro Fernández Suárez o Alfonso Sastre, se preocuparon en sus ficciones por la utilización de la energía atómica y sus trágicas consecuencias.

También “Mi padre”, otro cuento muy breve, tiene un evidente fondo autobiográfico. Lo que se relata es la relación de un chico, el narrador, con sus padres, quienes le habían confesado que lo encontraron en un pajar desnudo. Esto hace que se sienta solo, desamparado. La historia, sin embargo, se centra en la excursión que el chico, posible *alter ego* del autor, emprende con su padre, quien lo lleva a cazar conejos en las mismas madrigueras. Luego van en busca de uvas y manzanas, aunque no consiguen ni los animales ni tampoco la fruta. Estos fracasos los achaca el narrador a la



desgracia que sufren los pobres, a su triste destino. Tras ello, el joven se muestra inmisericorde con su padre, a quien considera “un desgraciado”, “una humana y desgraciada criatura” (p. 212).

En “Un sueño”, delirios y sueños son habituales en estos cuentos, el narrador, *alter ego* de nuevo del autor, que aquí aparece con su seudónimo de Pablo Herrera, se encuentra muerto y asiste al Juicio Supremo de todos los Hombres, en el que, tras preguntarle Dios qué ha hecho éste, responde que solamente ha escrito algunos versos y un drama, y que ha cuidado un campo de berzas (p. 217). Pero antes se describe el espacio donde transcurre la acción, una especie de plaza de toros, y cómo el Gran Maestro de los Juicios va llamando a otras tres personas para ser juzgadas, antes de que le toque el turno a nuestro protagonista, a quien sentencia con el siguiente dictamen:

“Tu vida ha sido la de un gusano. Los hombres tenían sed, tenían hambre, y tú, ¿qué les diste? Les diste versos. Los hombres sentían la angustia de su infinito y de su soledad, y tú, ¿qué les diste? Les diste versos. Ahora yo, juez supremo del Gran Juicio de todos los hombres, te condeno a ser hoja: Durante toda la eternidad serás roído por un gusano” (p. 218).

Una vez más, ya lo habíamos encontrado en las narraciones anteriores, el autor se debate entre su firme vocación de poeta, de escritor, y sus obligaciones materiales: tener un oficio, ganar dinero para mantener a su familia, ser solidario con los demás, tal y como predicaba la ideología comunista.

En “La bicicleta voladora”<sup>23</sup>, cuento con el que se cierra el libro, el narrador relata sus recuerdos de Mihai, cuando es probable que este personaje haya muerto, tras haber vuelto a su patria, a Rumanía. Su *afán*, por decirlo con Luis Landero, consiste en el empeño que puso en inventar ‘la bicicleta voladora’, con la que creía que acabaría con las ciudades y con las guerras. Antes había inventado una trampa para cazar topos. Mihai, quien se considera un muchacho de talento, le cuenta al narrador sus aspiraciones, la idea de que solo en un gran país, en una gran ciudad, podría desarrollar su talento, pues “la patria le oprime a uno cuando uno no conoce otras tierras” (p. 222). Así, Mihai se embarca en dirección a América, llegando a Nueva York, donde lo espera su hermano Panait, pero allí –confiesa– “me trataron peor que a un perro...” (p. 223), relacionándose con una banda de mafiosos que lo conduce hasta Chicago, pues su hermano estaba en la cárcel. Al rechazar integrarse en la banda, se

---

<sup>23</sup> El título de este cuento dio nombre a la tertulia de resistentes que se reunía en el café Gorila, de Valencia, a la que ya nos hemos referido (para más detalles, *vid.* Aznar Soler en Pla y Beltrán, 2009: 58-60). Este cuento volvió a publicarse en *Cuadernos Americanos* (núm. 3, mayo-junio de 1949, pp. 277-289), de México; y con el título de “Mihai” lo recogió en su siguiente libro de narraciones, *Habrà en algùn lugar más claridad* (1959). El protagonista, el citado Mihai, reaparece en un cuento de este último libro, titulado “Entre la realidad y el sueño”, aconsejándole al narrador protagonista que no se vaya a América, pues allí no lo comprenderán (p. 238).

dirige a San Francisco, donde vive su hermana Luba, que resulta ser tan terca como él, si bien le presta mil dólares para que pueda volver a Rumanía. Pero, antes, conoce en la calle a una rumana de la que se enamora y acaba robándole el dinero. Logra sobrevivir, entonces, gracias a la ayuda de Joe, un saxofonista negro, quien le consigue un trabajo de faquir. Pero, dada su experiencia, y decidido a volver a Rumanía, le aconseja al narrador que no se vaya a América, pues “allí no nos comprenden a nosotros, los europeos” (p. 223). La segunda parte del cuento, tras instalarse Mihai en casa del narrador, abusando de su generosidad, se centra en el revolucionario invento de la bicicleta voladora que –como hemos anticipado– acabaría con las distancias, con las fronteras, las ciudades y las guerras, y nos conduciría al amor. Destaca en el conjunto la singularidad del personaje, sus fuertes convicciones, la fe en sí mismo, junto con la voz del narrador, el tono admirativo con que relata sus aventuras, y el enfado que le produce el que se instale en su casa y viva a su costa; sentimientos, en suma, contradictorios ante un personaje que no puede dejarnos indiferente.

De este primer libro de cuentos, destacaría “El Pelirrojo”, “Un sueño” y “La bicicleta voladora”. Pero el conjunto aparece contaminado por un exceso de tremendis-

mo, apuntando ya hacia el neorrealismo que vendrá con la generación del medio siglo<sup>24</sup>.

En 1959 aparece *Habrà en algùn lugar más claridad*, su segundo libro de cuentos que se publica en Caracas, donde Pla y Beltrán reside desde 1955, sufriendo los tres últimos años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Una semana antes de ser derrocado el dictador, Mariano Picón Salas, amigo de nuestro autor, encabezará las firmas del *Manifiesto de los intelectuales sobre la situación política nacional*, en el que se pide el restablecimiento de las libertades. Y en 1959, Rómulo Betancourt asume de nuevo la presidencia de la nación.

La Venezuela literaria que encuentra Pla y Beltrán vive todavía bajo la influencia de narradores como Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*, 1929, y *La brizna de paja en el viento*, 1952); Teresa de la Parra (*Ifigenia*, 1924); Arturo Uslar Pietri (*Las lanzas coloradas*, 1931)<sup>25</sup>; Miguel Otero Silva (*Casas muertas*, 1955), director del diario *El Nacional*; Guillermo Meneses (*El falso cuaderno de Narciso Espejo*, 1952); el poeta José Ramón Medina (*Como la vida*, 1954-1958; *Elegías*, 1957; *Viento en la tarde*, 1959; y *Razón de poesía*, 1960), quien formaba parte de la junta directiva de *El Nacional*, dirigió su *Papel literario*, y en 1974 crearía la importante Biblioteca Ayacucho;

<sup>24</sup> Siento no haber podido consultar el expediente de censura de este libro, publicado en Valencia en 1948.

<sup>25</sup> En 1954, un año antes de la llegada de Pla y Beltrán a Venezuela, Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas (*Los días de Cipriano Castro*, 1953) obtienen el Premio Nacional de Literatura.



y Juan Liscano, fundador en 1943 del citado suplemento literario (*Nuevo mundo Orinoco*, 1959). Al respecto, todas las semanas, nuestro autor participaba en la tertulia en que se gestaba el *Papel literario*. Habría que añadir el nombre de Mariano Picón Salas (1901-1965), diplomático, crítico literario y ensayista, fundador de la *Revista Nacional de Cultura* y de la Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad Central de Venezuela. Colaboró en el diario *El Nacional*, entre 1953 y 1957 dirigirá el *Papel literario*, y en *Cuadernos Americanos*. En los años de estancia de Pla y Beltrán en Venezuela, Picón Salas publica los siguientes ensayos: *Crisis, cambio y tradición* (1955), *Regreso de tres mundos: un hombre en su generación* (1959) y *Las nieves de antaño* (1958), así como la novela *Los tratos de la noche* (1955)<sup>26</sup>. Pla y Beltrán colaboró, además, en los diarios *El Universal*, *Últimas noticias*, *El Mundo*, de Caracas, y en revistas como *Élite*, *Páginas*, *Cultura Universitaria*, *La Esfera*, *Venezuela gráfica* y *Estampas* (Gracia, 1986; 179-181). Entre los jóvenes escritores venezolanos, aunque no sé si llegaron a tener trato con nuestro escritor, se contaban el poeta, traductor y crítico literario Guillermo Sureda (1933-2021), quien fue director literario de la editorial Monte Ávila; el poeta, ensayista y diplomático Eugenio Montejo (1938-2008), gerente de Monte Ávila; y el

también poeta y ensayista Rafael Cadenas, último Premio Cervantes y militante comunista; no en vano, entre 1952 y 1956 tuvo que exiliarse. Asimismo, es autor, en los años que nos ocupan, de libros como *Cantos iniciales* (1946), *Una isla* (1958) y el extenso poema en prosa *Los cuadernos del destierro* (1960), por solo citar los que pudo conocer Pla y Beltrán. Además, formó parte del grupo Tabla Redonda (1959-1965), compuesto en su mayoría por militantes o simpatizantes comunistas que seguían las ideas de José Carlos Mariátegui sobre arte revolucionario, llegando a justificar incluso la lucha armada. Publicaron una revista del mismo título y disponían de un sello editorial, donde apareció su libro de 1960 (Carrillo, 2007: 75 y 76; y Chacón, 1970).

Con el resto de los exiliados republicanos españoles mantuvo una relación desigual, sobre la que voy a tratar de dar alguna información. En Venezuela residían autores como Segundo Serrano Poncela, desde 1958, colaborando en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), y donde aparecieron algunos de sus libros, como *Introducción a la literatura española* (1959) o *Del romancero a Machado: ensayos sobre literatura española* (1962), entre otros posteriores. O Antonio Aparicio, poeta, dramaturgo (cultivó el denominado *teatro de urgencias*), crítico teatral y de arte, quien llegó

<sup>26</sup> Nuestro autor le dedicó un artículo, "Mariano Picón Salas", *Boletín de la Biblioteca Nacional de Caracas*, marzo-junio de 1959.

a Caracas en 1954, donde murió en el año 2000. Pla y Beltrán lo conoció en Valencia, durante la guerra, en 1937. No en vano, fue amigo de Miguel Hernández y miembro de la brigada de El Campesino, en calidad de comisario político. Pero también formó parte de la Alianza de Intelectuales antifascistas y participó en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. O colaboró en revistas como *El Mono Azul* y *Hora de España*. Ya en Caracas, Aparicio escribió en *El Nacional*<sup>27</sup>, donde entre 1954 y 1963 tuvo a su cargo una columna titulada “Escrito en el aire”. Aunque en 1962 regresó a España, en 1964 volvió a Venezuela. Juan Alcalde, a quien ya nos hemos referido, y Aparicio fueron los primeros que ayudaron a Pla y Beltrán al llegar a Venezuela presentándole a los responsables de algunas de las mejores publicaciones del momento. Martín de Ugalde (1921-2004) llegó a Venezuela en 1947, donde permaneció hasta 1969. Colaboró, como Pla y Beltrán, en el semanario *Élite*, que dirigía Francisco Villanueva, venezolano de origen vasco, revista de la que sería responsable hasta 1954. Pla y Beltrán le dedicó dos artículos: “¡Cuentos! ¡Cuentos! ¡Cuentos!” (*La Esfera*, Caracas, 19 de mayo de 1957) y “*La semilla vieja*” (*El Independiente*,

Madrid, 12 de enero de 1958), sobre el libro de ese título publicado en 1958. No sabría decir, en cambio, si Pla y Beltrán coincidió con Teresa Gracia (1932-2001), poeta, narradora y dramaturga, quien llegó a Venezuela en 1948, aunque en 1952 regresó a París, donde había vivido, para con posterioridad trabajar en el servicio diplomático venezolano. Juan David García Bacca, filósofo y traductor, vivió en Venezuela entre 1946 y 1977. Fue profesor, y decano, de la Facultad de Humanidades y Educación y director del Instituto de Filología de la Universidad Central de Caracas. Desde 1946 colaboró en *El Nacional* y en la *Revista Nacional de Cultura*, de Caracas. En los años que pudo coincidir con Pla y Beltrán en la capital venezolana, García Bacca publicó allí varios libros de Filosofía (EB, 2016: 418)<sup>28</sup>. Sabemos, de hecho, que asistió al funeral de nuestro autor. Pedro Grases (1909-2004), filólogo, se estableció en el país sudamericano con su familia en 1937. Fue profesor de la Universidad Central de Venezuela, entre 1947 y 1979, y de la Universidad Católica Andrés Bello. En los años que pudo coincidir con Pla y Beltrán, publicó varios libros en Caracas (Bosch i Mateu, 2016: 521). Carlota O’Neill (1905-2000), escritora de ficción, dramaturga, so-

<sup>27</sup> En la antología *Narradores de ‘El Nacional’. 1946-1992* (Monte Ávila, Caracas, 1992. Prólogo de Domingo Milliani, titulado “Medio siglo de cuento”) aparecen dos exiliados republicanos españoles: Juan Chabás (“Suceso”) y Martín de Ugalde (“Un real de sueño sobre un andamio”) y, junto a ellos, algunos de los mejores cultivadores del cuento venezolano de esos decenios, como Arturo Uslar Pietri, Alfonso Armas Alfonzo, Manuel Mejía Vallejo, Héctor Malavé, Ednodio Quintero, José Gregorio Bello Porras, Ramón Díez Sánchez, Laura Antillano y Guillermo Meneses, entre otros muchos.

<sup>28</sup> En los *Escritos de Pla y Beltrán* aparecen reseñas de libros de J.D. García Bacca (de su *Antropología filosófica contemporánea*, 1957), Miguel Otero Silva y Arturo Uslar Pietri, por recordar solo a los autores que citamos en este trabajo.



brina de Eugene O'Neill y tía de la militante feminista Lidia Falcón, formó parte del PCE y durante la República, en 1933, con la Central de Teatro proletario de Madrid montó, entre otras, piezas de Pla y Beltrán, y con el grupo teatral Nosotros representó su drama social en un acto *Al rojo*, cuyo texto se ha perdido, que se completó con el entremés proletario *Un invento*, de Tom Thomas, y con una lectura de poemas de Pla y Beltrán. En 1949 llegó a Venezuela, pero en 1952 se trasladó a México, desde donde siguió realizando viajes constantes a Venezuela. Juan Nuño (1927-1995), filósofo y ensayista, se trasladó a Venezuela en 1947 donde acabó siendo profesor en la Universidad Central en los años en que Pla y Beltrán vivió en el país. Su hija, Ana Nuño (Caracas, 1957), poeta y ensayista, hizo el viaje de vuelta y tras vivir en París se instaló en Barcelona, donde dirigió la revista *Quimera* entre el 1997 y el 2001, fundando la editorial Reverso en el 2004. Carles Pi i Sunyer (1888-1971), político y escritor, poeta y memorialista, llegó a Venezuela en 1952, contratado por el Ministerio de Fomento. Fue profesor en la Universidad Central y colaboró en la *Revista Nacional de Cultura*. En los años que vivió en Caracas Pla y Beltrán publicó *Coses i gents de Caracas* (1958), en las Edicions del Centre Català. Y, por último, Justino de Azcárate (1903-1989), abogado y político, llegó a Venezuela en 1939, donde permaneció hasta la muerte de Franco. Cuenta el historiador José Manuel Cuenca Toribio

(2018) que Azcárate estuvo al frente de uno de los más prestigiosos e influyentes bufetes de abogados del país y trabajó en diversos organismos del gobierno.

En España, la generación del medio siglo estaba consolidándose y el cuento vivía un renacimiento, no hay más que observar los libros que se publicaron entre 1955 y 1961, el año de la muerte de nuestro escritor: *Doce cuentos y uno más* (1956), de Lauro Olmo; *Smith & Ramírez, S.A.* (1957), de Alonso Zamora Vicente; *Cabeza rapada* (1958), de Jesús Fernández Santos; *El corazón y otros frutos amargos* (1959), de Ignacio Aldecoa; *A la luz cambian las cosas* (1959), de Medardo Fraile; *Las ataduras* (1960), de Carmen Martín Gaité; *Historias de la Artámila* (1961), de Ana María Matute; *Cuentos republicanos* (1961), de Francisco García Pavón; y *Nunca llegarás a nada* (1961), de Juan Benet.

Pero centrémonos en los cuentos de Pla y Beltrán, los de su segundo libro, *Habrán en algún lugar más claridad* (1960). El volumen está formado por seis cuentos, uno de los cuales, "Mihai", aparecía en el libro anterior con el título de "La bicicleta voladora", del que ya nos hemos ocupado.

"Entre la realidad y el sueño" es una narración con evidentes componentes autobiográficos, en la que Fernando aparece como *alter ego* del autor ("Fernando pretendiendo vender una pintura para comprar un pan", p. 243), que versa sobre los avatares del viaje de Pla y Beltrán a América y las incertidumbres que le produce el

desenlace de dicho viaje, pues al carecer de certezas baraja realidad y ficción (“Yo vivía entonces entre la realidad y el sueño”, confiesa el narrador, p. 238). La última conciencia que tuvo de la realidad es que dormía en el avión, pero desconoce cómo aterrizó y cómo llegó al árbol donde lo encontraron durmiendo. Sí le han comentado que los pasajeros del vuelo que se lanzaron al mar murieron, como el austriaco que viajaba a su lado (p. 243). Llama la atención, al comienzo del relato, las alusiones a Larra (“Escribir, en España, es sufrir, es llorar”, p. 237), de quien Pla y Beltrán era admirador, así como al *Lazarillo* (“Mi casa era como el asiento de la pobreza”, p. 237). El cuento tiene una estructura circular. De este modo, a la imagen del narrador dormido bajo un árbol, “dormir, reposar mi vejez fantástica”, repite como un *leitmotiv* (pp. 237 y 243; y 239, 241, 243 y 244), se suma el recuerdo de la muerte de la primera mujer del autor, Maruja Santacreu, la lucha entre la razón y el corazón, la pasión, que se concretará en un segundo matrimonio, con Concha Zomeño, y el nacimiento de su hija. La pobreza y el hecho de que ya son tres, con su mujer y su hija, lo lleva a pensar en emigrar a América, a Venezuela, donde se encuentra en el presente narrativo. Pero aunque le cuesta conseguir los visados, tras dos años se hace finalmente con ellos, no en vano se confiesa terco (“la terquedad es

mi más hermosa y loca virtud”, p. 239), y está decidido a seguir su destino, que en el desenlace aparece personificado, ya que se le pregunta qué pasó con el avión en que viajaba (p. 244). El caso es que, concluye, quería ir a América y tras muchos avatares consiguió llegar.

En “Los pasos de los hombres del Castillo” se cuenta la huida y quizá muerte de Lan, tras sobrevivir a un fusilamiento, o como él mismo comenta: “habré sobrevivido a mi propia muerte”, por “los hombres del castigo”, “los feroces soldados”, “los implacables enemigos” (p. 245-247), con sus anhelos y esperanzas truncadas. Junto a Lan aparecen los otros fusilados, “los cinco hijos del trueno”: Aaron, Regler, Lukacz y Stern. Lan se presenta como el “hombre que había deseado tener una patria en el tiempo”, en contraposición a tener “una patria en el mundo”, como defendía Stern, de “una tierra prometida” (pp. 245 y 249). Quizá pueda leerse como una metáfora de los sufrimientos que padeció el autor hasta encontrar acomodo en Caracas.

El cuento “¿Hombre o demonio?”<sup>29</sup> adopta la retórica propia de la parábola bíblica, o del drama rural, en la que un anciano le cuenta a un ‘joven señor’ los trágicos acontecimientos que se sucedieron tras la llegada a la localidad de un innominado marinero. Este había coincidido con Tobi, el hijo de la familia, en Marsella, quien le

<sup>29</sup> Se publicó en *Cuadernos Americanos*, núm. 3, mayo-junio de 1955, pp. 267-283, con el título de “Hombre o demonio”, sin los signos de interrogación.



ha encargado que los visitara y les entregara un reloj con una cadena de plata como regalo. La llegada del extraño –un motivo clásico de los relatos– lo trastoca todo. El narrador de la historia lo retrata, atribuyéndole los siguientes rasgos: “El hombre era alto y esbelto, con un lacio y rubio bigote que le caía sobre ambas comisuras de la boca: vestía camiseta de marinero americana y pantalón azul; su cabeza iba tocada con un jipijapa...” (p. 255). Su fisonomía, un marinero alto y rubio, nos recuerda al protagonista de “Tatuaje”, célebre copla de Concha Piquer<sup>30</sup>. En un momento dado, el narrador le cede la palabra, mostrándonos, a la manera de Javier Marías, ‘lo que dijo el marinero’ sobre sus andanzas en el mar, aunque –según se comenta– todo puede expresarse, menos cómo es el mar... El caso es que el viejo Tobías le pide al visitante que se quede, le ofrece el lugar que ocupaba su hijo. Pero se produce un desafío, un enfrentamiento con el marino que provoca Lucas, otro de los hijos de Tobías, que no se ha dejado engatusar por el recién llegado y desea humillarlo, aunque vencéndolo en la siega. Aparecen entonces los señores, don Rosendo y doña Dolores y, con ellos, la señorita Mercedes, quien se muestra muy interesada en el extraño, y a quien el narrador tacha de “sucua perra maldita”. Así, tras la disputa entre los hombres, entre Lucas y el marinero, se produce otra entre

Mercedes y el extraño, en forma de partida de cartas y, por último, el enfrentamiento entre ambas mujeres: Concha, hija del Viejo Tobías, y Mercedes. Así, ambas llegadas, primero, la del misterioso marinero, y luego la de la señorita Mercedes, trastocan la existencia del lugar. Las trágicas consecuencias son que Concha, a quien el narrador tacha de “criatura frutal” en un par de ocasiones (pp. 253 y 265), enamorada del marinero, se cuelga del nogal cuando se entera de que Mercedes lo ha conquistado. Cuando regresa al mar un mes después, tal y como había anunciado, ya que, al llegar les había advertido: “nunca echo raíces” (p. 258), Mercedes acaba entrando en un convento. De ahí el título interrogativo del cuento, las dudas sobre la condición del personaje que llega de fuera, que trae consigo noticias y un regalo, pero también el drama. Concluye el relato con la petición que el joven señor le hace al Viejo Tobías de que no vuelva a contar la historia, puesto que Mercedes “pertenece a mi sangre y a mi estirpe” y si pecó, ya lo había pagado. Pero también le lanza una maldición: “¡No la nombre! ¡Olvídela! ¡O que la tierra les pudra a usted y a los suyos” (p. 272).

“El ladrón” quizá sea uno de los cuentos menos conseguidos, pues carece de la mínima verosimilitud y creo que no está bien contado. La acción transcurre en Venezuela y relata la historia de un robo, de

---

<sup>30</sup> Se trata de una canción de 1941, compuesta por Manuel Quiroga, Rafael de León y Xandro Valerio, popularizada por la citada tonadillera. Era una de las preferidas de Vázquez Montalbán, quien utilizó su título en una de las novelas protagonizadas por el detective Pepe Carvalho, publicada en 1974.

una obsesión, resultando culpable, al fin y a la postre, una rata. Y en “Ver claro en la vida” se relata la disputa entre dos hermanos (el innominado narrador y Juan), quienes han llegado a Caracas como emigrantes, pero mientras que uno de ellos aspira a enriquecerse, el otro resulta un indolente. El final es abierto y llega tras una discusión y una pelea, “como perros rabiosos”, que en la conclusión de la historia lleva al indolente a “ver claro en la vida”, de ahí el título, pero en qué sentido ve claro, se preguntarán los lectores. En un momento dado, el narrador comenta, reproduciendo quizá la opinión del autor: “En Venezuela, como en España –o más que en España–, yo observaba el mismo sentimiento de inseguridad y de frustración en los hombres, una especie de terror pánico hacia todo lo que significase sufrimiento. ‘No les preocupa la justicia’, pensaba yo, ‘sino la riqueza. El hombre está siendo desbordado por el animal. El hombre no sabe ya vivir’” (p. 282).

Su tercer libro, *Caballo* (1960), solo contiene dos cuentos y una clarificadora presentación, titulada “Hablo de mí mismo”, pero uno de ellos, “Cuando mi tío me enseñaba a volar”, recuérdese que ya había aparecido en el volumen de 1948. Por tanto, nos centraremos en la otra narración, la que da título al libro. En el texto inicial, Pla y Beltrán nos recuerda algunos trazos de su biografía y define su –digamos– poética, que se compone de dos características: utilizar un lenguaje sencillo y directo para reflejar la vida. Respecto a la biografía, sa-

bemos que cuando escribe este texto contaba 50 años y solo le quedaban tres de vida. Confiesa sus orígenes campesinos y que es autodidacta. Y tras hacer balance de lo hecho, “me he casado, he tenido un hijo, he escrito tres o cuatro poemas medianamente aceptables, algún relato corto... Nada. Mis libros no cuentan” (p. 289). A continuación se hace diversas preguntas de tono existencial: qué dejo, qué dirán de mí los hombres futuros, qué soy... Y viene a concluir lo siguiente: “sólo soy yo cuando me identifico y comunico con los demás hombres”. Pero matiza que “esa comunicación, sin embargo, no me ha sido siempre beneficiosa. Los hombres –confiesa con dolor– me han tratado bastante mal”. Y repitiendo un célebre motivo unamuniano, ya lo habíamos encontrado en “¿Hombre o demonio?”, cuando Concha comenta: “No. Es un hombre. Creo que todo un hombre” (p. 264), afirma que “de todos los oficios, el de ser Hombre es el más duro de practicar en nuestros tiempos”. Sin embargo, acaba reconociendo, en el párrafo final, que no todo en su vida ha sido amargura, pues también ha tenido momentos de felicidad (p. 290).

En “Caballo”, que se presenta dividido en diez partes marcadas con números romanos, se relata la conflictiva relación entre, por un lado, el joven Juan Pablo Simancas y Fernández de Oviedo, nombre rimbombante donde los haya, y su tío y tutor, por otro, denominado el General, quien decide incapacitarlo e internarlo en un sanatorio,



dice que “para defenderte de tu locura y de tu ruina” (p. 292). El joven recuerda el tiempo que pasó refugiado en una embajada durante la guerra, deducimos que en el Madrid republicano: “Aquello fue espantoso. No he podido olvidarlo” (p. 299). De esa estancia proviene su sentimiento de humillación y culpabilidad por el dinero que tiene, tras darse cuenta de que la calidad humana y el dinero no van siempre de la mano, tal y como le confiesa al doctor que lo atiende en el sanatorio (pp. 299 y 300). A Juan Pablo, el narrador lo retrata como “pequeño, rechoncho” (p. 292), mientras que describe al tutor como “seco, fiero y adusto” (p. 291). Cuando Juan Pablo recobra la libertad, decide casarse con Carmen, aunque ambos reconocen que no se aman, pero el General se opone. Así, Juan Pablo se identifica y se siente como *Tampico*, el caballo de carreras que sacrificó su tutor, tras fracasar en una competición, al tirar un obstáculo.

Todavía en el sanatorio escribe dos cartas, una a su novia, Margarita, y otra a su abogado, pidiéndoles que vayan a visitarlo. La novia no le contesta, en cambio va a verlo el notario, quien le comunica que, dado su estado, se había hecho cargo de la administración de sus bienes el tutor. Sí lo visita, en cambio, el padre de Margarita, quien le pide que no intente verla más (p. 309); y, por último, su abogado, aunque a éste se niega a recibirlo.

En el capítulo V, que transcurre en el comedor del sanatorio durante una comida, Juan Pablo se encuentra con cinco hombres, el Ayudante del doctor y cuatro pacientes, a saber: un Cazador<sup>31</sup>; Mario, gran actor; Bofarull, empresario cuyo negocio ha quebrado y no deja de lamentarse por el futuro de sus hijas; y el Doctor Gómez, otro paciente. Cada cual hace un comentario, más o menos sensato y coherente (p. 302), pero quizá lo más interesante sea el encuentro posterior con Gómez, quien le habla de los residentes citados, distinguiendo entre los *malvados* y los *locos*, optando por estos, frente a aquellos.

El tiempo transcurre en el sanatorio, se van unos pacientes, otros mueren, y llegan nuevos. Finalmente, Juan Pablo regresa a su casa, conoce a Carmen, criada de su tía, y desea casarse con ella, pues aunque no se amaban creen que quizá juntos podrían “remontar el vacío de nuestras vidas” (p. 312), pero el tutor –ya se ha dicho– se niega a concederle permiso. Así, Juan Carlos decide emprender un largo viaje, del que no sabe si regresará, pero antes repite una y otra vez “¡Caballo! ¡Caballo! ¡Caballo! ¡Caballo!”, con lo que vuelven a internarlo en el sanatorio, donde “se desenvolvía y obraba con toda cordura. El cuento concluye de forma lapidaria y ambigua: “No se sabe si se volvió loco o lo estaba ya, desde un principio, o si no estuvo loco ni antes, ni después” (p. 313).

---

<sup>31</sup> Mantengo las mayúsculas que utiliza el autor en Ayudante y Cazador.

Se trata, en suma, de una narración que adopta la forma de la parábola, en la que un joven rico sufre dos traumas que no consigue superar, la estancia en una embajada durante la Guerra Civil, y la conducta de los que allí se refugiaban, además del sacrificio de un caballo de carreras, y cómo su tutor lo inhabilita y acaba quedándose con sus bienes, junto con dos –digamos– fracasos amorosos, por muy distintas razones. Todo ello lo lleva, parece ser, a cierto trastorno mental.

Por último, “Entierra a tu muerto” (aparecen dos alusiones al título, pp. 406 y 407), encabezado por una cita de Thomas Hardy sobre *lo peor y lo mejor*, es un cuento macabro que no figura en ninguno de sus libros<sup>32</sup>, creo que se trata de uno de los mejores que escribió. Así, a caballo entre el esperpento y el tremendismo, de Valle-Inclán a Cela, un narrador testigo que interviene en la acción cuenta cómo durante una “noche ardorosa” una mujer y tres hombres, el mismo narrador entre ellos, tras una acalorada discusión sobre quién es el padre de la criatura muerta y cómo pagar su ataúd, se dirigen a una funeraria con el fin de comprar el féretro que necesitan para enterrar al feto, que denominan El Ángel del Señor. Se trata del hijo de ella (se la denomina como “la muchacha”, sin especificar más) y, quizá, de Canito, otro de los personajes (el narrador le atribuye una “cara de plata”), que parece finalmente

aceptar la paternidad; los cuales recorren la ciudad en compañía de Bil, un teósofo que en el diálogo despliega su doctrina (pp. 404 y 407), para que el niño que nació muerto pueda finalmente ser enterrado. El cuento concluye, con fortuna, con los hombres, “tres sombras irreales”, velando el sueño de la muchacha, quien se ha acurrucado en un banco y recostado la cabeza sobre la urna funeraria, mientras esperan en un parque poder regresar al hospital.

Pla y Beltrán titula muy bien, con originalidad, pero ateniéndose al contenido de sus narraciones. En un par de ocasiones, le cambia los títulos a los cuentos: si bien en una me parece que acierta, cuando “El pelirrojo” se convierte en “La pena y la nada”, en otro, en cambio, prefiero “La bicicleta voladora” al posterior “Mihai”. La lengua a veces chirría, quizá producto de su formación autodidacta, no porque utilice el léxico venezolano (*catira* [rubia, en especial con el pelo rojizo, según el DRAE], p. 240; *cuadra*, por manzana, p. 406), al fin y a la postre la acción transcurre a menudo en Venezuela, sino por las construcciones erróneas, a no ser que se trate de propias de su país de acogida y que desconozco (un *fijamente* que no viene a cuento, p. 158; “la guerra me había llenado a mí de ocaso”, p. 160; “se dispara”, en vez de “se dirige”, p. 161; “era un introspectivo” y “nada me gustas”, p. 167; “soñar en América”, en vez del correcto “soñar con América”, p.

<sup>32</sup> Se publicó en la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), XX, núm. 127, marzo-abril de 1958, pp. 81-85.



223; “lucho por desprender el paquete”, en vez de “por desprenderse del paquete”, 249; confundir el verso ser con el estar, en la frase: “aquel hombre era loco”, p. 263; la expresión “con cajas destempladas”, la convierte en “a cajas destempladas”, p. 274; donde debería decir “me gusta ciscarme en la disciplina”, escribe: “con la disciplina”, p. 307; o empieza una frase con una innecesaria repetición: “Te digo que dicen que..”, p. 404), los arcaísmos (*empero*, pp. 237, 239 y 262), algún adverbio en *-mente* que debería haber evitado (“quisiera haber podido hablar desnudamente”, p. 161; “atrancó poderosamente la puerta”, p. 248), catalanismos (“dejémosle hacer”, pp. 256 y 257) o falta de *-digamos-* naturalidad (como cuando opta por *foscor*, en vez de *obscuridad*, p. 175; *can*, por *perro*, p. 180; *empecatados* por *incorregibles*, p. 190; *siniestra*, en vez de *izquierda*, cuando el correlato anterior era *derecha*, p. 213; *tornar*, por *volver*, pp. 228 y 234; o cuando escribe que “Concha [...] era embutida en un ataúd”, p. 253).

A Pascual Pla y Beltrán, que tantas penurias pasó durante su existencia, y que le costó dar a conocer su obra narrativa, que no llegó a difundirse en España hasta mediados de los 80<sup>33</sup> del pasado siglo, y sobre

todo, de forma más cuidada y completa al final de la primera década del siglo XXI, le hubiera gustado saber que sesenta años después de su fallecimiento, algunos, aunque seamos pocos, seguimos leyéndolo e interesándonos por su literatura<sup>34</sup>.

---

<sup>33</sup> La revista *Índice* le solicitó colaboración y ni siquiera les contestó y en *Ínsula*, donde podría haber colaborado, afirmó que no le interesaba, sin concretar por qué (Gracia, 69).

<sup>34</sup> Más a menudo de lo razonable, la dificultad mayor con que nos encontramos para poder estudiar a los escritores exiliados es lo poco sencillo que resulta conseguir sus textos, por eso quiero agradecerle a Manuel Aznar Soler que me regalara sus antologías de la obra de Pla y Beltrán, publicadas en 1985 y el 2009, citadas en la Bibliografía. Además, sin las sugerencias de Gemma Pellicer, el artículo sería peor.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARTAL VIDAL, FRANCESCO, “Carles Pi i Sunyer”, *Real Academia de la Historia*, 2018 (<<http://dbe.rah.es/biografias/9356/carles-pi-i-sunyer>>).
- Aznar Soler, Manuel, “Miguel Hernández y Pascual Pla y Beltrán: aprendizaje literario, historia y conciencia de clase”, en José Carlos Rovira, ed., *Miguel Hernández, cincuenta años después*, Comisión de Homenaje a Miguel Hernández, Alicante, 1993, pp. 833-843.
- “La resistencia silenciada o los epistolarios como puente para un diálogo sin fronteras (Treinta y cuatro cartas entre Pascual Pla y Beltrán y Max Aub, 1948-1960)”, *Laberintos*, núm. 4, 2005, pp. 223-276.
- *República literaria y revolución (1920-1939)*, Renacimiento, Sevilla, 2010. Prólogo de José-Carlos Mainer.
- “Pla y Beltrán, Pascual (1908-1961)”, en Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2016, vol. 4, pp. 60-63.
- CARRILLO, CARMEN VIRGINIA, “Grupos artístico-literarios en la Venezuela de los años sesenta”, *Latinoamérica* (México), núm. 44, 1, 2007, pp. 59-81.
- CUENTA TORIBIO, JOSÉ MANUEL, “Justino Azcárate y Flórez”, *Real Academia de la Historia*, 2018 (<<http://dbe.rah.es/biografias/24991/justino-azcarate-y-florez>>).
- CHACÓN, ALFREDO, *La izquierda cultural venezolana 1958-1968*, Editorial Domingo Fuentes, Caracas, 1970.
- EB [ESTHER BARRACHINA], “García Bacca, Juan David (1901-1992)”, en Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2016, vol. 2, pp. 415-420.
- GONZÁLEZ NEIRA, ANA, “Proyectos culturales de Juan Larrea: entre lo peninsular y lo panamericano”, en Olga Glondys, ed., *La prensa cultural de los exiliados republicanos. I. Los años 40*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2018, pp. 169-187.
- GRACIA, ANTONIO, *Pla y Beltrán. Vida y obra*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante, 1984.
- “Pascual Pla y Beltrán”, en Manuel García, ed., *Exiliados. La emigración cultural valenciana (siglos XVI-XX)*, Conselleria de Cultura de la Generalitat Valencia, Valencia, 1995, pp. 145-156.
- JMB [JOSÉ MARÍA BARRERA], “Antonio Aparicio (1916-2000)”, en Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2016, vol. 1, pp. 172-175.
- JRLG [JOSÉ-RAMÓN LÓPEZ GARCÍA], “O’Neill de Lamo, Carlota (1905-2000)”, en Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2016, vol. 3, pp. 451-455.
- LM [LUIS MONFERRER], “Pi i Sunyer, Carles (1888-1971)”, en Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2016, vol. 4, pp. 36-39.



- MBM [MIREIA BOSCH I MATEU]<sup>35</sup>, “Grases i González, Pere (1909-2004)”, en Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García, *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento (*Biblioteca del exilio*), Sevilla, 2016, vol. 2, pp. 519-525.
- PÉREZ PIMENTEL, RODOLFO, “Juan David García Bacca”, *Real Academia de la Historia*, 2018 (<<http://dbe.rah.es/biografias/10292/juan-david-garcia-bacca>>).
- PLA Y BELTRÁN, PASCUAL, *Uno de blindados. Confesiones de un combatiente*, Publicaciones de la A(liança) I(ntel.lectuals) D(defensa) C(ultura), Valencia, 1938.
- [con el seudónimo de PABLO HERRERA], *Cuando mi tío me enseñaba a volar*, Colección Tyris, Valencia, 1948.
  - “Sobre Miguel Hernández”, *Cuadernos Americanos*, XI, LXV, septiembre-octubre de 1952, pp. 265-271. Recogido en Pla y Beltrán (2009: 367-368).
  - “Mi entrevista con Antonio Machado”, *Cuadernos Americanos*, LXXIII, 1954, pp. 233-238. Recogido en Ricardo Gullón y Allen W. Phillips, ed., *Antonio Machado*, Taurus (*El escritor y la crítica*), Madrid, en 1973; Gracia (1984: 168-175) y Pla y Beltrán (2009: 377-383).
  - “Juan de Mairena y su sentimiento temporal de la poesía”, *Revista Shell*, VI, núm. 22, marzo de 1958, pp. 37-39.
  - “Notas sobre Antonio Machado”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), XXI, núm. 133, 1959, pp. 60-68. Recogido en Pla y Beltrán (2009: 409-413).
- *Habrà en algún lugar más claridad*, Cuadernos Literarios de la ‘Asociación de Escritores Venezolanos’, Caracas, 1960.
  - *Caballo*, Ediciones Ancla (*Mi novela*, 35), Caracas, 1960.
  - *Antología poética (1930-1961)*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1985. Ed. de Manuel Aznar Soler. El prólogo, “La evolución poética de Pascual Pla y Beltrán”, ocupa las pp. 9-78.
  - *Escritos de Pla y Beltrán*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1987. Ed. de José Manuel Castañón.
  - *Poesía completa*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 2009. Ed. de Manuel Aznar Soler.
  - *Narrativa, teatro y ensayo*, Consell Valencià de Cultura, Valencia, 2009. Ed. de Manuel Aznar Soler.
- VALLS, FERNANDO, “La riqueza plural de la narrativa breve, cuento y microrrelato, en los escritores del exilio republicano español”, en VV.AA., *1939. Exilio republicano español*, Ministerio de Justicia, Madrid, 2019, pp. 540-547. Ed. de Manuel Aznar Soler e Idoia Murga Castro.

---

<sup>35</sup> Firmó sus trabajos en el exilio, e incluso algunos tras la muerte de Franco, como Pedro Grases.